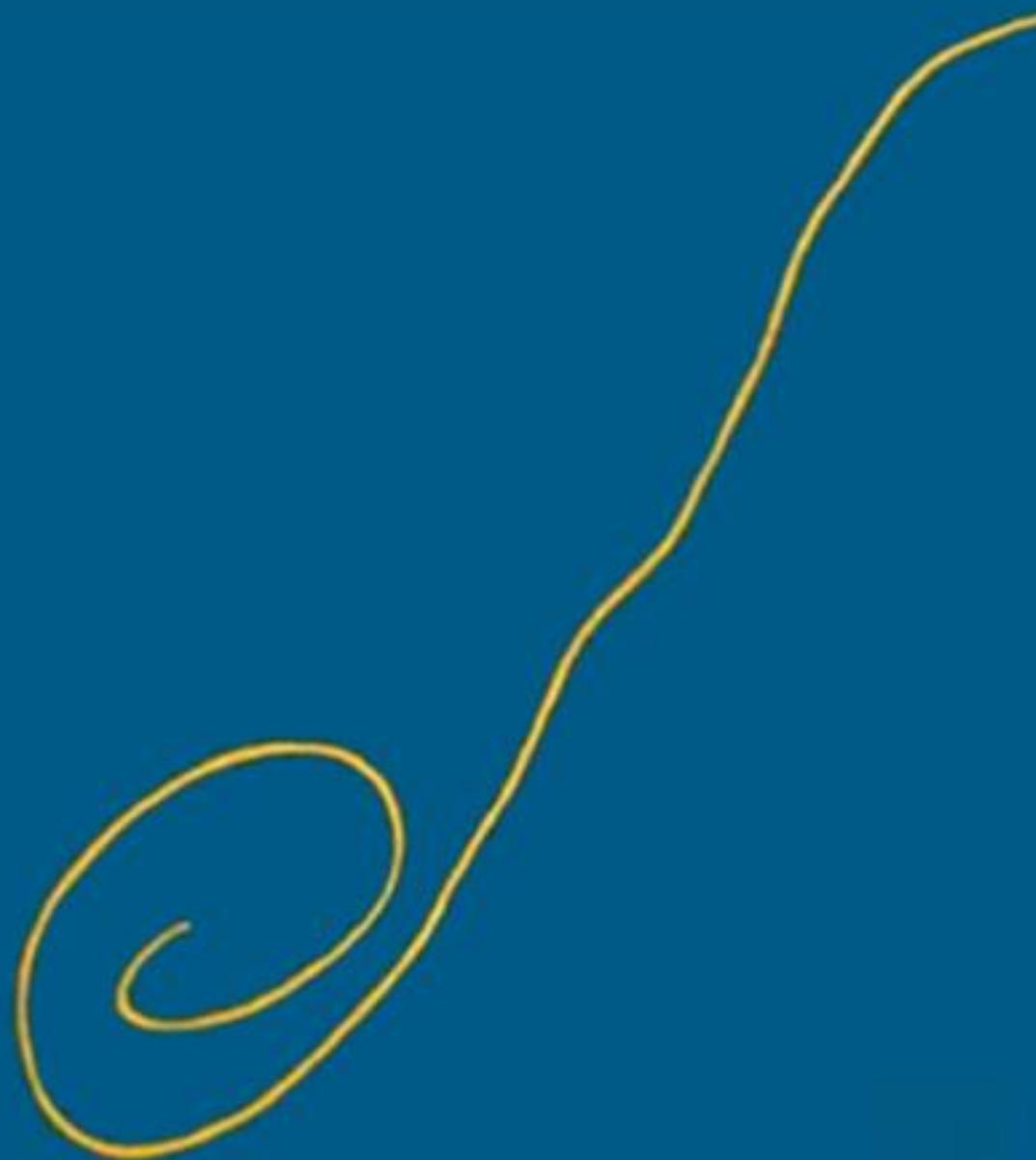


Ramón J. Sender



# Una virgen llama a tu puerta



Un hombre de sesenta años conoce a una niña de doce en el banco de un parque. A través de la niña el protagonista, físico nuclear, es puesto en contacto con *Thanatos*, una organización secreta regida por científicos que pretende dominar el mundo y promover un cambio total de estructuras: abolición de los Estados, instauración de nuevas pautas culturales etc.

*Thanatos* afirma poseer armamento nuclear suficiente para destruir el planeta, y pretende emplear esa fuerza de disuasión para obligar a los gobiernos de todo el mundo a implantar los cambios que propugna. El éxito de la operación exige la intriga y comporta el envenenamiento del tío de la niña, Isaías Pérets, un empresario inmensamente rico cuya fortuna se precisa para conseguir todos los objetivos propuestos.

En *Una virgen llama a tu puerta* Sender mezcla intriga y ciencia-ficción con elementos fantásticos para conseguir una novela impregnada de rica simbología.

## Nota previa

Entre los papeles del que fue mi amigo, el famoso profesor de física nuclear doctor... (no me atrevo a anticipar su nombre. El lector lo verá más adelante, ya que lo cito, aunque solo una vez) aparecieron estas páginas que son un testimonio en favor de mi vieja creencia según la cual hay un nivel donde la ciencia y la poesía (y la filosofía) se confunden gustosamente.

Dejó mi amigo también entre sus papeles una nota dirigida a mí y rogándome que si me parecía publicara estas páginas como si fueran mías. Él creía que podían representar alguna forma de descrédito para su buen nombre de sabio en ciencias nucleares. Yo las publico como si fueran mías, aunque en realidad eran suyas. Pero eso es lo de menos. Lo que cuenta —si algo cuenta en todo esto— es que alguien las escribió y que tú vas a leerlas, lector. Dale toda la atención que su autor habría querido merecer.

R. J. S.  
La Paz (Baja California), 1973

---

1

## Un banco en el parque

Yo soy, dicho sea con modestia, eso que llaman un hombre de ciencia. De ciencia nuclear. He trabajado treinta años en una universidad y me he retirado en mis sesenta y dos años floridos (flores de cacto en el desierto), porque mi imaginación va más de prisa que las matemáticas. Quiero decir que estas se han quedado un poco atrás con sus integrales, sus diferenciales y toda esa logomaquia. No lo digo por singularizarme. A otros profesores les pasa lo mismo.

Soy hombre de ciencia como otros son de letras y otros de religión. Y vivo frente a un parque perennemente verde y a menudo florido. Es mi único lujo.

En este silencioso retiro leo un poco, escribo y espero, entretanto, que las matemáticas avancen hasta encontrarse con mi imaginación. Entonces volveré a las ciencias nucleares y al gran misterio cósmico.

Además, vivimos días críticos. Algo muere en la historia para volver a nacer más vigorosamente. ¿Qué es lo que muere? Solo puedo decir que este tiempo, en el que vivo, es la víspera de una noche incalculable (tal vez todo esto sea espejismo en el desierto de mi edad), y ya es sabido que un momento antes de la noche las luces son más delicadas y más intensas. Los colores son más deslindados en las cosas que vemos poco antes de quedar ciegos para siempre. Y en las cosas que percibimos dentro de nosotros, también.

Las cosas de fuera las veo desde las ventanas que dan al parque. En ese parque y debajo de dos enormes cedros tengo un banco preferido, y en él suelo instalarme cada día y descansar una o dos horas, mientras el sol desciende so-

bre el mar. Las palomas y los gorriones lo saben. Generalmente voy por la tarde, pero algunas veces voy también a media mañana, cuando las sombras se alargan en dirección contraria al meridiano. Entonces los gorriones me miran a distancia ladeando la cabeza, extrañados.

Esos días que voy por la mañana son días de fiesta, cuando los perros orinan más a gusto contra los troncos de los árboles porque habiendo más gente que los días de labor se sienten más observados. Y a ellos, como a cada cual, les gusta la atención.

Poca cosa es un banco en un parque. Cuando el parque es tan grande como el que tengo yo frente a mi casa y hay un zoo que se considera el mejor del mundo suceden cosas raras. Por la noche oigo desde la cama ruidos de selva virgen centroafricana o hindú. O amazónica. Esas voces de animales raros cuya utilidad en el mundo nadie comprende (ni ellos mismos) nos dan placeres como no los habíamos vuelto a gustar desde la infancia cuando oíamos sus voces en nuestra imaginación. Al decir esto del comprender o no la utilidad de sí mismos en la vida quiero decir que hay animales de picos enormes, más grandes que el resto de su cuerpo, como el tucón amazónico, o de bocas inmensas, como el hipopótamo africano, o de narices prensiles, como el elefante (sin hablar del canguro con su bolsa y la jirafa con su pescuezo), cuya utilidad en el mundo animal ellos mismos no acaban de entender. Y tampoco nosotros entendemos la nuestra, si bien pensamos.

Dicho esto, y como no me gusta generalizar demasiado, creo que debo añadir que el césped está cortado al ras y los bancos en lugares estratégicos, para que el visitante repose un momento y si lo prefiere pase una mañana entera, o una tarde, en tranquila contemplación.

A veces coinciden en el banco dos hombres viejos que hablan de si hace calor o frío, de las molestias que padecen (reuma, asma o quién sabe) y de los remedios que toman. De paso hablan también mal de los médicos, aunque el su-

yo es una excepción. Cuando coinciden por tercera o cuarta vez comienzan a recordar sus buenos tiempos honestos y algunos días después se cuentan sus picardías.

Coinciden, quizás, un viejo y una vieja. El que llega primero se sienta, apoya la barba en la vuelta del cayado y espera, soñoliento. El que llega después (sea hombre o mujer) pide permiso para sentarse. Ese permiso es un poco bobo, porque, al fin el banco no es de nadie, pero viejos y todo tienen sexos opuestos y podría haber malentendidos.

Como suele haber cerca alguna pareja de adolescentes sentados en la hierba y besándose, la mujer vieja habla del descoco de las mujeres jóvenes de ahora y el hombre de la falta de consideración por la presencia de las personas mayores. En realidad los dos viejos envidian a los jóvenes porque se divierten con menos dificultades de las que tuvieron ellos en sus tiempos. Cuando coinciden más de una vez en el mismo banco y la confianza entre los dos viejos es completa hablan de su situación económica mintiendo un poco, aunque nunca dan cifras concretas, porque eso además de ser arriesgado dicen que da mala suerte. Ya los griegos contemporáneos de Sócrates lo decían. Hay que evitar la confidencia con números enteros y decimales.

Sin embargo hacen ostentación de largueza y de algún pequeño lujo para impresionarse recíprocamente, aunque ninguno de los dos cree en la riqueza del otro. A veces él la invita a ella a almorzar en el restaurante del zoo y ella se siente rejuvenecer. Tal vez ella le compra un cigarro habano a él, quien lo fuma aunque tenga asma.

Cuando los que se sientan en el mismo banco son una vieja y un niño, extraños entre sí, ninguno de los dos pide permiso al otro por razones obvias. Cada uno cree que le hace un favor al otro con su presencia. Y la vieja ofrece tal vez un caramelo que el chico toma, aunque su padre le ha dicho que es malo para los dientes.

Luego el chico escapa corriendo sin avisar, como un pájaro. De la misma manera es posible que vuelva.

No es frecuente ver a dos chicos en el mismo banco. Acaban burlándose el uno del otro, insultándose y riñendo en serio o en broma.

Tampoco dos niñas, porque las dos quieren hablar al mismo tiempo y no escucha la una a la otra. Si se escuchan se aburren a no ser que hablen de cosas realmente sensacionales, por ejemplo, de su gato, de su perro o de su canario.

No suelen verse en modo alguno un niño y una niña (de diez o doce años) juntos, porque quieren decir algo y no saben por dónde empezar. Generalmente empieza la niña diciendo que cuando viaja en avión no se marea o el chico que tiene un perro lobo que se llama *Felipe* y que lo van a matar, sin dolor, porque es viejo y se orina en el pasillo.

Lo más interesante y menos frecuente es que se encuentren en el banco del parque un viejo y una niña. Este es el caso. El viejo soy yo, aunque todavía en buen uso y la niña una criatura de doce o trece años que se llama Sandra. Supongo que ese nombre viene de Alejandra y es más frecuente entre personas de origen llamado caucásico, es decir, de buena estructura, huesos regulares, y piel amarillo-marfil o rosa-concha marina, según como llega la luz. Es el caso de Sandra combinado todo eso con su faldita escocesa y su suéter de color de ámbar.

## 2

## Más sobre Sandra

Sandra está en la edad de comenzar a oler bien. Las niñas-niñas y los niños-niños suelen oler mal. El olor de Sandra era el de la corteza de limón rallada, un buen olor estimulante. Estimulante de no sé qué.

Iba vestida Sandra sin deseo de impresionar a nadie. Probablemente no tenía conciencia de su cuerpo. Nadie la había acariciado aún y la conciencia llega con las caricias, sobre todo con las más reiterativas en los senos y en los muslos.

Ella era demasiado joven para esas cosas o al menos es lo que dice la ley.

Estaba Sandra fuera de los cánones de cualquier clase de belleza infantil. Vino a mi banco y se sentó modosamente aunque con las rodillas separadas y volviendo la cara hacia mí para decir: «*Hello, Sir*». Yo le dije también en inglés:

—*Hello, my child.*

Ella, entonces, sonrió. Era decirle *niña mía*, es decir, hija mía. Su sonrisa no era adulatoria ni sumisa ni mucho menos coqueta. Era simplemente una sonrisa de niña bien educada y sin inhibiciones, lo que suele ser raro en chicas de su edad.

Está ese banco, según dije, debajo de un grupo de cedros enormes que debieron de ser plantados hace más de dos siglos y que se muestran eternamente verdes, casi negros. Delante hay una extensa pradera de unos trescientos metros en cuadro con la hierba siempre verde y rasa. Los perros se revuelcan en ella, jugando. Con frecuencia pasan atletas en rebaño, semidesnudos, corriendo bajo la mirada de algún entrenador. Futuros campeones olímpicos.

El día que Sandra vino a mi banco era soleado, pero no demasiado caliente. Serían las diez de la mañana y en el lado opuesto de la pradera, debajo de un bosque de eucaliptos y de pinos había mucha gente. La pradera, en cambio, estaba desierta y era como siempre jugosa, de color luminoso y claro.

Sandra llevaba consigo un perro (una perra) de una notable vulgaridad. El animal tenía, sin embargo, un collar de nácar y atada a él una cadenita que parecía de plata. Pequeños lujos.

Por oír hablar a la niña otra vez le pregunté, recordando que las gentes de su edad al bautizar a sus animales suelen mostrar muy poca inventiva:

—¿Cómo se llama tu perro? ¿*Blacky*?

Porque aquel *canis vulgaris* era negro. Llamarla «negrita» era lo que se le habría ocurrido a cualquier niña y como aquel animal debía de tener ya diez años (que es la vejez para un perro), cuando la bautizó Sandra debía de estar la niña en sus tres o cuatro. A esa edad no tenemos imaginación y nuestra fantasía es pobre, aunque parezca raro. Es muy pobre porque estamos atentos a descubrir las cosas obvias y el lugar común nos parece maravilloso.

Parecía Sandra distraída y melancólica, indecisa y triste. De pronto me di cuenta de que se había acercado a mí buscando ayuda. Tal vez ella misma no sabía qué clase de ayuda buscaba y yo comenzaba a intrigarme y quería averiguarlo.

## 3

## Exposición de perros

Antes de ir a mi banco yo me había acercado al bosque de pinos y eucaliptos atraído por algunos grupos humanos cuya aglomeración no podía entender. Pronto me di cuenta de que se trataba de una exposición de perros. Debía de ser cosa importante, porque iban y venían fotógrafos de prensa y en las avenidas próximas (dentro del parque) había muchos automóviles de lujo.

Los perros que se habían convocado eran los especímenes más extravagantes (no necesariamente hermosos) del mundo. Muchos perros he visto yo en mi vida, pero nunca tan raros. Parecían ser resultados de cruzamientos dirigidos por gente experta entre los príncipes perrunos en la antigüedad en los imperios de oriente o de occidente. Desde gozquezuelos sin forma definible (parecían pequeños harapos de colores sin patas ni rabo, arrastrados por la brisa) hasta dogos gris-azul tan altos como un caballo enano (creo que son daneses). Perros chinos —pekineses sin nariz—, San Bernardos solemnes y robustos, sabuesos rastreadores de bella estampa, *spaniels*, algún lobo alemán o galgo inglés o galgo ruso, estos últimos de una elegancia que nos da a los hombres sentimientos de inferioridad. Había también graciosos *poodles* (de aguas), y hablo solo de aquellos perros cuyos nombres recuerdo por oírlos con frecuencia. Pero había muchísimos más.

Y cada uno tenía su tienda de campaña transparente, en unos puntiaguda como las de los caballeros cruzados, con el diploma de su *pedigree* en lo alto, en otros rectangular, es decir, cúbica. Algunos animales de naturaleza amistosa y tranquila estaban sueltos al lado de su dueño y tumbados

en la hierba como la esfinge de las pirámides de Egipto, es decir, erguidos sobre sus patas delanteras.

Otros, en lo alto de un taburete blanco, esperaban que una manicura acabara de hacerles las uñas. Sin saber por qué, algunos de los que andábamos por allí nos sentíamos culpables frente a todo aquel perrerío aristocrático. Al menos como seres humanos ninguno de nosotros alcanzaba la categoría que ellos tenían como perros. Yo no me cansaba de mirar y ver.

Ni de oír. Lo digo porque cerca de mí un hombre hablaba con otro y le decía, compungido:

—Tuve que llevar la semana pasada el perro al psiquiatra (porque los hay también de perros) y después de tenerlo tres días en su clínica el psiquiatra me dijo algo que no olvidaré en mi vida. Me dijo que el perro estaba perfectamente de salud física y mental, pero que se avergonzaba de mí y me despreciaba. Se sentía un perro frustrado teniendo un amo inferior a sus merecimientos y ahora el veterinario está educándome a mí y haciéndome un plan de conducta. No sé lo que resultará, porque a pesar de todo me doy cuenta de que el perro sigue sintiéndose muy superior a mí. Y yo comienzo a pensar que tiene razón.

Lo decía de veras desolado.

Pero, en fin, una exposición canina, para mí, que soy más bien hombre de gatos, fatiga pronto. Y fui regresando a mi banco con la curiosidad satisfecha. Entre los perros sin nombre español conocido había *pointers*, *retrievers*, *setters* de varias clases, *beagles*, afganos, irlandeses, *boxers*, *siberians*, *buskies*. *Terriers* excavadores y ratoneros, *Scottish* de patas cortas y peludas y *Airedales* de patas largas, y pomeranias y chihuahuas pequeñísimos. Muchos de aquellos perros no servían para nada. No guardaban ganados ni hogares, no tenían bastante olfato para seguir una pista, no sabían rastrear ni cazar ni les interesaba presa alguna. En fin, eran perros parásitos. Por una extraña circunstancia eran los más bonitos. Dálmatas, terriers de Boston, *Ihaasas* y quién

sabe cuántos caprichos más de la madre naturaleza. Raros como las orquídeas, que también son parásitas.

Había en aquellos perros algo ligeramente repelente. En todo caso me parecían más inteligentes que sus propietarios, y aun sin saber lo que pasaba con el perro avergonzado de su amo, yo le daba la razón.

Querer a un animal está bien, pero hacer de ese animal el único motivo de satisfacción y aun de orgullo de su amo me parece un poco excesivo.

## 4

## Los problemas de Sandra

—¿Tu perra se llama *Blacky*?

Ella volvió la cabeza, sorprendida:

—No. Se llama *Jeannine*.

Un bonito nombre francés, de persona. Sin embargo, la perra era de una vulgaridad deleznable. Tamaño medio, patas cortas, gorda por la vejez, torpe de movimientos. Un *mongrel*, como dicen aquí de los perros sin raza reconocible. Su vulgaridad se hacía más patente por el contraste con su nombre, su collar de nácar y su cadenita de plata.

Iba Sandra vestida de fiesta porque tal vez esperaba ser fotografiada con *Jeannine* ganadora de algún premio importante. Había revistas en las que publicaban aquellas fotos en colores.

Yo contemplaba a la perra:

—¿La has traído para llevarla a la exposición?

—Sí.

—¿Por qué no la llevas?

Hizo ella un gesto de desgana. Y sonrió. En su sonrisa había una especie de amenidad artificial que sugería cosas adultas. En su seriedad una especie de tímido señorío que no era frecuente (yo no lo había visto nunca, al menos). En su indiferencia había una especie de apatía glacial, que sin embargo no ofendía, sino que resultaba atrayente. Yo estaba secretamente deslumbrado. Tal vez se trataba sencillamente de las reacciones de un viejo con una niña virginal.

—¿Tienes a tu perra desde hace mucho tiempo?

—Me la regalaron mis padres cuando yo tenía cuatro años. Era un *puppy* de lo más inteligente.

—¿Por qué no la llevas a la exposición?

Hubo un silencio de esos que los novelistas antiguos llamaban expectantes. Un largo silencio lleno de sobrentendidos.

—¿Es que has llegado tarde para inscribirla?

—No, no. Hoy precisamente hacen las inscripciones.

—¿Hay que pagar una cuota?

Ella abrió la mano izquierda y mostró dos o tres dólares plegaditos cuidadosamente.

—Aquí llevo el dinero.

—Entonces...

Sandra se encogió de hombros con tristeza. Luego sonrió con cierta candidez ofuscada. Lejos se oía la música de los altavoces de la exposición.

—¿Es que no vas a inscribir a *Jeannine*? Si quieres ir te acompañaré.

Nos levantamos y la perra movió el rabo jovialmente. Sin embargo, Sandra no parecía contenta y, como le preguntara por qué estaba triste, me dijo que aquel día se cumplían años de la muerte de sus padres en un accidente de automóvil. Ella iba también en el coche, con su perra, que era entonces un cachorrito. La perra salió ilesa del accidente, pero Sandra con la cara y la mitad del cuerpo deshechos. Tardó mucho en curarse.

## 5

## La segunda aventura de Sandra

Íbamos caminando hacia el lugar donde se oía una voz confusa proyectada con altavoces sobre el parque.

—¿Quién te ha dado el dinero para inscribir a la perra?

—Mi tía Felisa, que es hermana de papá Walter. Papá está fuera y ahora vivo con ella.

—¿No dices que no tienes padres? ¿Quién es entonces papá Walter?

Yo le hablaba con alguna autoridad porque a los niños les gusta que les hablen así. Ladeó otra vez su rostro en mi dirección y pude ver en sus ojos líquidos el desconcierto más completo.

—¿Qué te pasa?

—Luego se lo contaré todo.

Estábamos cerca de la exposición. Se entendían ya las palabras de los altavoces: «Ruego a los socios del club que hayan registrado ya a sus perros que pasen a la sección B, donde les darán instrucciones complementarias».

Iba Sandra a mi izquierda y la perra delante, contenta por acercarse a tantos perros, damas y tiendas de plástico transparente. Sucedió lo que menos podíamos esperar. Los otros perros miraban a *Jeannine* con una atención que a mí me parecía inusual y exagerada. El caso es que salió un enorme perro terranova de su cubículo rugiendo como un león y se abalanzó sobre la perra de Sandra. La pobre *Jeannine* no tuvo tiempo de prepararse a resistir y la vi revolcarse por la hierba debajo de las poderosas patas de su agresor. Cuando tuvo *Jeannine* las cuatro suyas en el aire declarándose tímidamente vencida, el terranova se quedó inmóvil con una de las zarpas en el pecho de su víctima y